حجى significa *estar abierta la tienda;* parece, por tanto, que no hay que pensar en ella y que hay que referir la palabra en cuestión á la radical حجا ó حجى: la primera de estas formas tiene las acepciones de *comer, llenar el vientre* y *calmar el hambre*, y en la forma حجى significa *arder el hambre;* por eso podría traducirse *murió de harto ó de hambre:* ambas cosas nos parecen raras, y más que nada, que se consignara en el epitafio; aunque en los Diccionarios no figura nombre alguno derivado de esta radical que designe una enfermedad, es muy posible que existiera: como el verbo حجا defectivo, significa *satirizar* ó *reprender*, ¿querrá decir que muriera de un sofocón producido por alguna sátira ó por reprensión del Príncipe? Quizá sea esto.

Madrid, 6 de Junio de 1902.

FRANCISCO CODERA.

V.

HISTORIA DE LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS.

En el empeño que parecen mostrar los franceses de una como resurrección de sus glorias militares que sucesos, no lejanos todavía y quizás mal interpretados, han hecho á algunos creer cayeran en olvido, salen ahora, puede decirse que diariamente á la luz pública libros de historia, Memorias, notas biográficas, relaciones, por fin, y comentarios que tienden á recordar aquel ciclo portentoso de grandeza, creada y ennoblecida por el emperador Napoleón. Porque si la revolución de 1789, por la excitación de los ánimos, más y más enardecidos con sus propios excesos y por el humo de la abundantísima sangre tan torpe como injustamente vertida en ellos, obtuvo al término de su reinado ventajas y glorias que no se pueden negar, las sucesivas, alcanzadas por los ejércitos de aquel monstruo de genio y de fortuna que por años

y años tuvo la Europa á sus pies, son timbres de honor y de fama que ni el tiempo ni la desgracia lograrán su obscurecimiento ni menos su olvido.

Napoleón, pues, ni sus hazañosos generales y soldados necesitan ser de nuevo sometidos al juicio de la Historia para ser apreciados por sus prendas militares, que harto, buenas ó malas, están justificadas con los hechos, sus condiciones y consecuencias que produjeron.

Pero la guerra de 1870 y los desastres en ella sufridos por la Francia, hiriendo el orgullo de los que, aun después de la era Napoleónica, lo consideraban cada día más legítimo con las jornadas de Argel y Crimea, han hecho resurgir los mil testimonios del valor, del patriotismo y del genio belicoso de los que, cambiando la modesta alondra simbólica por el gallo, tan vocinglero como altivo, no saben resignarse en la nueva adversidad que causas ajenas á tan excelentes cualidades militares les ha atraído la Fortuna variable é ingrata siempre con todos, hasta con sus más ardientes adoradores. Que, como se hace decir á Hamlet, tiene al cabo nombre de mujer.

Sin ir más lejos, y como demostración de cuanto acabo de exponer á esta Academia, se han publicado en pocos días varias obras históricas que se refieren á la época en que Napoleón, tratando de fundar un imperio tanto ó más vasto y glorioso que el de Carlomagno, de tan grata recordación en Francia, extendió á nuestra península occidental la acción de sus armas, triunfantes en las demás partes del continente europeo.

Voy, pues, en cumplimiento del mandato de nuestro ilustre Director, á dar á conocer á la Academia algunas de esas obras, las de más reciente publicación y de mayor importancia histórica para nuestra patria.

BIBLIOGRAFÍA NAPOLEÓNICA.

Un señor, Friedrich Kircheisen, de Leipzig, ha tenido la bondad de dirigirme una carta sumamente amable, y con ella un libro del más alto interés histórico, pues que contiene lo que pu-

diéramos llamar la crema del caudal de autoridades literarias abrazando el fecundísimo de la era napoleónica desde 1789 á 1815.

El libro es excelente, está hecho con grande inteligencia del asunto general que lo informa, y en las proporciones, se conoce, que convienen al pensamiento de su autor. Este tiene, y lo dice, una gran colección de obras; como que pasan de 30.000 las que posee, formando una bibliografía napoleónica que aún conserva manuscrita y que, impresa, necesitaríanse muchísimos volúmenes para contenerla íntegra, bien expuesta y comentada.

Véase cómo define el Sr. Kircheisen la que en solo un tomo de 189 páginas nos presenta como muestra de las fuentes históricas que ha reunido: ocupado, cual dice estar desde años atrás, en trabajos preparatorios para una historia de Napoleón.

Dice así al final de su Prefacio: «El objeto de mi bibliografía es el mismo Napoleón, y por el pronto he reunido en la I.ª parte—salvo en lo que abrazan la II.ª y la III.ª—los hechos que conciernen á su persona, los detalles de su vida y de su familia».

«La II.ª parte comprende la historia política é interior de Francia; la III.ª parte trata de las relaciones internacionales de los Estados europeos; comprende las guerras de 1796 á 1815 y las comunicaciones diplomáticas en el curso de cada campaña. Como complemento, la IV.ª parte menciona la historia de los Estados europeos durante el reinado de Napoleón, sin la cual no puede comprenderse completamente su historia. En la V.ª parte están clasificadas, por orden alfabético, las memorias más importantes, las correspondencias y las biografías á que se refieren las numerosas notas que se hallan en las precedentes partes. La VI.ª comprende un número restringido de obras que contienen la crítica de algunas memorias».

«He añadido á esa obra una tabla alfabética para facilitar las investigaciones».

«Para hacer más fácil el uso general de esta bibliografía, he incluído también las notas relativas á cada obra en una de las tres lenguas principales; es decir, que he empleado el francés para las obras escritas en lenguas latinas, el inglés para las obras inglesas, y el alemán para las demás».

No puede darse ni mejor ni expuesto con más claridad un plan

de bibliografía especial que el del Sr. Kircheisen, objeto de este informe. Así, no me cabe aquí otra tarea que la de tomar en cuenta si la ejecución de ese plan ha correspondido á su objeto, particularmente en cuanto se refiere á la historia de nuestra patria en la época que comprende tan interesante libro. Los que el Sr. Kircheisen cita en esa parte, aunque muy conocidos de los cultivadores de la historia de la guerra de la Independencia española, son también los que mejor la dan á conocer y cuya consulta se hace indispensable. Las obras de Moore, de Jones, Londonderry y Napier, entre las inglesas; las de Foy, Suchet, Jourdan, Gouvion-Saint-Cyr, Talleyrand, Lejeune y Rogniat, entre las francesas; las de Schépeler, Maag, Barkhausen, Rigel y algún otro, entre las alemanas, y, por fin, las de Toreno, Canga Argüelles y Muñoz Maldonado, entre las españolas, unas y otras, citadas por el autor de la Bibliografía Napoleónica en las páginas 60 á la 64, son, con efecto, de las que no deben quedar en manera alguna desatendidas por el que estudie ó escriba acontecimiento tan grandioso y tan influyente, además, en los destinos de la Europa del siglo XIX. Hay, sin embargo, escritos de interés muy superior al de los citados hasta aquí, como los despachos de Lord Wellington, la correspondencia de Napoleón, las Memorias del Rey José y las de Vacani, Belmas y otros varios, que también se citan en diferentes partes de la obra en cuyo examen me ocupo, sin los cuales es de todo punto infructuoso cualquier trabajo que se intente con igual pensamiento. Puede, pues, decirse que, armado de los libros de que nos da noticia el Sr. Kircheisen en el suyo, se puede tener el conocimiento de los datos necesarios para escribir la historia de la época á que se refieren y, cuando menos, juzgar de la exactitud y acierto de los que la escriban.

Faltan muchos, ciertamente, muchísimos que servirían para completar uno y otro objeto, el de autor ó crítico. Y ¿cómo no? Cuando se ha dicho que no hay libro, bueno ó malo, que deje de contener algo nuevo, pensamiento ó dato, es preciso reconocer que una biblioteca copiosa es el primer elemento con que hay que contar para emprender trabajos como á los que el Sr. Kircheisen dedica el suyo. Sería muy conveniente fuera completo; pero ante la dificultad de dar á luz la serie de todos los que posee, que, se-

gún he dicho, ocuparían muchos volúmenes que se haría tan raro publicar como adquirir, no vacilo en hacer manifiesta mi admiración hacia la concienzuda labor del escritor alemán, autor de la Bibliografía Napoleónica que hoy presento en esta Real Academia.

Yo poseo un caudal no despreciable de ese género de documentos referentes á nuestra guerra de la Independencia y á la acción militar y política del emperador Napoleón en las diversas partes del mundo á que la extendió con sus armas y, cuando no, con sus artes, buenas ó malas; pero sería temerario en mí el hacer recuentos comparativos con los que dice el Sr. Kircheisen tener reservados, y he de satisfacerme ahora con admirar, repito, su obra, envidiando tal tesoro como el que guarda y agradeciendo el envío del que se ha servido dar á luz. Por mi parte le he manifestado esos sentimientos; mas creo que convendría, si la Academia se halla conforme con mis apreciaciones, se las revelase al autor rogándole la remitiera un ejemplar del libro, el cual hace falta en toda biblioteca desde que se ha hecho conocer al mundo literario.

EL MARISCAL LANNES, DUQUE DE MONTEBELLO.

Como es de presumir, desde la publicación, y sobre todo desde que se diera á la imprenta el manuscrito de la obra del Sr. Kircheisen, han salido de las prensas europeas varios trabajos históricos que se refieren á la misma época y á igual objeto; llevados, algunos de sus autores, de ese empeño á que antes aludo, de refrescar la memoria de las glorias militares de su país, y otros de honrar las de sus antepasados.

El Sr. Kircheisen cita un escrito del general Thoumas, titulado «Le Maréchal Lannes», que publicó en París el año 1891; obra muy interesante, como que se refiere á uno de los generales más ilustres del imperio napoleónico, y muy especialmente para los lectores españoles, puesto que el protagonista fué quien, después de un obstinadísimo asedio, obtuvo la capitulación de la inmortal Zaragoza en Febrero de 1809. Pero después, en 1900, el nieto de aquel célebre guerrero, titulado, como él, Duque de Montebe-

llo y Príncipe de Siévers, ha dado á la estampa en Tours otro libro, en un tomo también y con el mismo enunciado en su portada. Naturalmente, su autor se ha valido con preferencia de los datos conservados en su familia para lograr su propósito, que enuncia en el Prefacio con estas palabras: «Resumiendo en estas pocas páginas la vida de mi abuelo el mariscal Lannes, nuestro objeto ha sido el de mostrar á todos los franceses, en estilo de soldado, un modelo de gran capitán, de buen ciudadano y de hombre honrado».

Hay que advertir que el actual Duque de Montebello podría jactarse de excelentes condiciones para juzgar de las de su abuelo, así por su parentesco con él y el conocimiento, de consiguiente, de los servicios prestados á Francia por el heroico mariscal, como por los suyos propios en 27 batallas y combates á que, como muchos de los individuos de su familia, ha asistido en Argelia, Italia, el Cáucaso y París.

Que si, como se suele decir, *nobleza obliga*, la familia de los Montebello ha satisfecho, como pocas, el honroso deber de agradecer á la patria las recompensas, las distinciones gloriosas, los galardones, en fin, más ó menos remuneratorios de los servicios prestados por su insigne progenitor.

Narra el autor del libro, en cuyo examen me ocupo, con tanta fidelidad como buen criterio político y militar, la vida del mariscal Lannes desde 1769, cuando nació, hasta 1809 en que, y en la batalla de Essling una bala de cañón, partiéndole ambas piernas, obligó á que se le retirara á la isla de Lobau é inmediatamente después á Ebersdorf, junto á Viena, donde el 31 de Mayo exhalaba su último suspiro, después de recomendar á Napoleón para Francia una paz que solo acabaría por celebrarse cinco años más tarde, al abdicar el trono de la *Gran Nación* su hasta entonces omnipotente Emperador.

El mayor interés, sin embargo, para nosotros de la obra del actual duque de Montebello, está en la descripción del sitio de Zaragoza; y ya que no pueda yo detenerme en el juicio que me merezca por la índole del escrito con que estoy distrayendo la atención de la Academia, voy á comunicarla unas frases que el Mariscal pronunció en presencia de M. de Villemain al trasla-

darse á aquel campo de Essling, donde habría de encontrar la muerte. Esas frases constituyen el mayor elogio de los zaragozanos, por su hazaña, y el de Lannes, á la vez, por la sinceridad y la caballerosa expresión que revisten. «¡Qué guerra! ¡Qué hombres! dijo. Un sitio á cada calle; una mina bajo cada casa. ¡Verse obligado á matar á tantos valientes, ó mejor, á tantos furiosos! Aquella guerra es horrible; se lo he escrito al Emperador; la victoria da pena...» Y continuó: «¡Cómo me gustaba la Italia en Junio de 1800, al fin del siglo que tanta gloria arrojaba sobre el nuevo abierto para la Francia! ¡Pero hoy es necesario desplomar las casas sobre sus habitantes; tomar por asalto los conventos; matar los frailes que disparan desde lo alto de las ventanas y dispersar á metrallazos las monjas en las trincheras! Eso es demasiado para los valientes. Uno dice que es una guerra política; no lo sé, pero es una guerra inhumana y antirazonable; porque para conquistar allí una corona, hay por el pronto que matar allí mismo una nación que se defiende, y eso es triste y largo...»

«¡Son terribles aquellos frailes! Los dos consejeros del Marqués de Palafox han hecho más que él en la defensa de Zaragoza, inspirando á aquella población intrépida que nos ha sido necesario derribar á cañonazos como si fueran murallas. ¡Qué ciudadanos aquellos dos frailes y tantos otros como yo he visto animando por todas partes al pueblo con un crucifijo en la mano! Pero esto no los salvaba de las balas, y su muerte hacía frecuentemente la defensa más encarnizada y el martirio más ostensible. Es una falta muy grande y un gran mal el ensañarse así con las convicciones de los hombres; es una guerra interminable, porque la conciencia está por encima de la fuerza y no se gasta como ella».

Al salir á luz la obra del Duque de Montebello se me hizo el honor de pedirme la opinión que yo hubiera formado de ella en una carta que se me dijo deseaba su autor. La dí á un mi amigo, aunque protestando de errores que podría cometer al consignarla, porque, lejos de mi biblioteca, habría de hacerlo con solo los datos que me proporcionara la memoria. Tuve, sin embargo, la satisfacción de recibir una carta sumamente lisonjera del Duque, y un ejemplar con larga y, en verdad, gratisdata dedicatoria.

La obra, en efecto, merece elogios, según llevo dicho, por la importancia, sobre todo, del personaje á quien se refiere y que lleva en Francia un nombre glorioso, manchado, empero, en España por su conducta en Zaragoza, á cuya capitulación faltó consintiendo el despojo y asesinato de muchos de los defensores, de los sacerdotes, particularmente Sas y Boggiero, y el que pudiéramos llamar secuestro del general Palafox, á quien, ofreciéndole la libertad, se le condujo á Vincennes para tenerle allí encerrado hasta 1814.

EL MARISCAL MONCEY, DUQUE DE CONEGLIANO.

Otra y muy distinta opinión alcanzó en nuestro país el mariscal Moncey, Duque de Conegliano, cuya vida y campañas narra también su nieto y ha publicado recientemente la viuda de éste en un libro digno de la mayor atención.

Forma, como el del Duque de Montebello, un solo volumen, aunque de muchas más páginas. Se trata en él de un general que ejecutó en España tres campañas en muy distintas épocas y variadísimas circunstancias, pero en todas también con fama de ser, «si severo en el servicio y muy exigente para con sus subordinados, según dice un compatriota y contemporáneo suyo, de corazón ardiente y sensible, no solo cuidadoso de sus soldados, sino que también muy humano con los heridos y prisioneros, consiguiendo así que en cuantos países combatió fuese querido y respetado por el enemigo». Ese juicio, el que le hace merecer su conducta en 1815 ante Luís XVIII, al negarse á formar parte del tribunal que sentenció á Ney, y en 1840, al recibir el cadáver de Napoleón en el Cuartel de Invalidos, de que era Gobernador, acreditan estas sus últimas palabras el 20 de Abril de 1842: «Deseo que cada uno cumpla y termine su carrera como yo».

Vino á España por primera vez en 1794, al invadir Guipúzcoa, á la cabeza de los ejércitos de la Revolución, tan rudamente escarmentados el año anterior por el español que mandaba, D. Ventura Caro, de imperecedera memoria. Separado éste del mando de nuestras tropas, gracias al torpe gobierno de Godoy, ansioso de

obtener el Principado de la Paz que, después de todo, significaría la humillación de las armas españolas, Moncey necesitó muy pocos esfuerzos para vencer á Colomera, Castel Franco y Crespo, impotentes ante las torpezas del Valido de su Rey y su propia medianía y falta de autoridad.

La paz de Basilea puso fin á aquella campaña, tan semejante en cuanto á sus resultados á la de los Pirineos orientales, en que, muerto el inolvidable general Ricardos, sus sucesores se dejaron también vencer hasta que fueron á sustituirlos Urrutia y el Marqués de la Romana, discípulos y tenientes del D. Ventura en la frontera occidental.

Al concluirse aquel tratado ignominioso, para cuya celebración anduvo Godoy negociando vergonzosamente, así como en Suiza por medio de Iriarte, que al fin lo firmó, en Cataluña por el Conde de la Unión, y en Guipúzcoa por el Marqués de Iranda, asunto que no toma en cuenta el biógrafo de Moncey, este general fué trasladado á Niort con el nombramiento de general en jefe del Ejército del Oeste.

No se crea, con todo, que no hallara Moncey dificultades que arrostrar en aquella campaña, ni sufriera reveses que luego dejase de reparar. En el invierno de 1794 se vió precisado á retirarse de la línea del Deva á otra interior entre Tolosa, Lesaca, Elizondo y San Juan de Pie de Puerto. Parecían motivar ese movimiento general de retirada la conveniencia de tomar cuarteles de invierno, tan duro se consideraba el de aquel año, y la de impedir los estragos de la disentería, epidemia desarrollada en el país conquistado con extraordinaria violencia según el general en jefe; informe, el que dió, si negado por los representantes que allí tenía la Convención, aprobado en París por la Junta de Salvación. Pero lo cierto es que, á pesar del triunfo del general Frégeville en Vergara y Azpeitia, la campaña, especialmente en los primeros meses de 1795, tomó un carácter bastante desfavorable á los franceses. Mientras la masa general de nuestras fuerzas avanzó en pos de la enemiga, observándola en las posiciones á que se había retirado, en el encumbrado Musquirichu y la inmediata villa de Azcoitia, en Ondárroa y Madariaga, como en algunos puntos de Navarra, nuestros voluntarios escarmentaron no pocas veces las

maniobras que sus enemigos emprendían para reconocer el país y abastecerse en él.

Por más que Moncey tratara de disimular aquella retirada, hé aquí cómo la describía al Comité de Salud pública: «Para convencer al enemigo, dice en su despacho de 28 de Noviembre de 1794, de que no nos vemos obligados por él á retirarnos, lo haremos como vencedores, he mandado al general Frégeville que ataque á la vanguardia derrotada, en Oyorson (Oyarzun?), destruir sus hornos, quemar sus panaderías y hacer desfilar algún tiempo una columna sobre Mondragón, donde el enemigo tiene un pequeño ejército para cubrir Vizcaya. El general Schilt se encaminará desde Guetaria á Plasencia con una columna y se apoderará de un puesto enemigo que hay allí, quemará la fábrica de armas y se unirá á Frégeville. Otra columna, saliendo de Tolosa mandada por el general de brigada Laroche, se dirigirá á Vergara barriendo aquel país. Las tres columnas reunidas entre Plasencia, Vergara y Mondragón, se retirarán á Tolosa después de haber hecho evacuar en nuestra línea cuanto pueda interesar á la República, ó destruído lo que no sea posible conducir aquí (escribía desde Tolosa). Me atrevo á esperar éxito de ese movimiento que probará palpablemente al enemigo que no le tenemos miedo. Esa maniobra facilitará al mismo tiempo la retirada de la izquierda á la que podría inquietar el enemigo concentrado bajo los muros de Pamplona».

Todo eso está bien dicho y se ejecutó, aunque medianamente; pero es lo cierto que hasta Junio de 1795 no pasaron los franceses el Deba por el puente de Sasiola; á lo que siguieron los muy reñidos combates de Irurzun y Ollaregui, en que nuestras tropas no desmintieron su nombre de excelentes, y continuó la retirada general de los voluntarios de Vizcaya á consecuencia de la orden de que *capitularan los pueblos por medio de sus cabezas*, dictada por el que, con esas concesiones á la República, obtuvo de Carlos IV la del título de Príncipe de la Paz.

La segunda campaña de Moncey en España fué en 1808; tan desgraciada como feliz, después de todo, había sido la primera. Opuesto á la guerra provocada por Napoleón no ejercitaría sin repugnancia sus armas el Dos de Mayo á la cabeza del Cuerpo de

Ejército de las Costas del Océano con que entró Murat en Madrid. Si penosa fué aquella jornada para Moncey, más lo sería la siguiente de Valencia, en que se vió rechazado y compelido á retirarse para, á consecuencia también del desastre de Dupont en Bailén, seguir con José Napoleón hasta la izquierda del Ebro, en espera de los refuerzos que iba á traer el Emperador en persona para acabar, decía, la sumisión de España.

Con esos refuerzos y tal dirección, Moncey, en calidad ya de segundo del mariscal Lannes, ganó sobre nuestras tropas la batalla de Tudela; pero fracasó, como antes, en el sitio de Zaragoza, teniendo que dejar su conquista á otros colegas suyos, Mortier, Junot, y, por fin, al mismo Duque de Montebello que, como Escipión en la antigua Numancia, se apoderó del montón de cadáveres y ruinas que ya ofrecía la no menos heroica ciudad del Ebro. «El 2 de Enero de 1809, se dice en esas Memorias, el mariscal Moncey fué reemplazado en el mando del tercer Cuerpo de Ejército ante Zaragoza por el mariscal Junot; el Emperador se quejaba de las lentitudes del Mariscal en la dirección del sitio, pero su sucesor no le satisfizo tampoco. Encargó entonces á Lannes del mando superior de los Cuerpos de Ejército de Junot y de Mortier para dar más vigor y unidad á la marcha del sitio que ya llegaba á ser una operación singular y terrible».

El mariscal Moncey, doliente y apenado, obtuvo destino en Bélgica con el mando en jefe del ejército de la Tête de Flandre; pero poco tiempo después, formando parte del de Anveres que mandaba el Príncipe de Ponte Corvo. Por ese tiempo había en Bélgica y países próximos varios ejércitos franceses. El de Bessières estaba en Lille, el del mariscal Kellermann en Wessel, el de Bernadotte en Anveres, y el de Moncey en la Tête de Flandre. Y era que los ingleses habían ocupado la isla de Walcheren, expedición que no tardaría en fracasar. La causa del desastre sufrido por la Gran Bretaña está perfectamense explicada en la obra del nieto de Moncey. «Los ingleses, dice en una de las notas que sirven para ligar la correspondencia que constituye el fondo de tan interesante libro, habían tomado Flesinga el 16 de Agosto (del año 1809), no tardando á realizarse las justas previsiones de Napoleón. En Zeelandia se manifestó entre los soldados enemigos

al momento la fiebre de los *Polders* con una gran intensidad que fué siempre creciendo en espantosa progresión; tal, que el 22 de Agosto los ingleses tenían 1.500 enfermos; el 26, 3.000; el 28, 4.000, y más de 10.000 el 8 de Septiembre. Lord Chatham debió dar á conocer en Londres la situación de su ejército, cada día más penosa. El Gabinete británico dió á lord Chatham la orden de, por el pronto, embarcar sus enfermos; se enviaron 10.000 á Inglaterra, donde, al llegar, murieron muchos; 4.000 habían perecido ya en Walcheren; y después se embarcaron los cañones, los caballos y algunos hombres más».

Véase lo que dice Napier de aquella expedición: «Confiada á un hombre cuya incapacidad militar ha hecho recaer la censura sobre el glorioso nombre de Chatham, aquel ejército, juguete de un mal destino, y cuyo valor, fuerza y abnegación debían llevar á las extremidades del globo la fama de Inglaterra, pereció sin disparar un tiro en las lagunas pestilenciales de Walcheren. El espíritu de partido había sofocado el sentimiento del honor nacional á punto de que se vió á hombres de Estado bastante viles para reprobar el convenio de Cintra y mofarse de las operaciones de sir John Moore, declarar la de Walcheren prudente, útil y hasta gloriosa».

Moncey no volvió á aparecer en España hasta mucho después. Los sucesos de Rusia, tan desastrosos para los franceses, y la campaña posterior de Alemania en 1813 le mantuvieron en las provincias septentrionales del Imperio, presenciando, puede decirse, aquella serie alternada de triunfos y reveses que al fin condujeron á Napoleón á la isla de Elba y luego á Santa Elena. En esta última etapa á que le llevó el desastre de Waterloo, Moncey tuvo ocasión de mostrar una vez más las prendas de su carácter, tan apreciadas por Napoleón hasta en los momentos en que se separaba de su servicio, llevado del empeño de no faltar á sus nuevos juramentos á la dinastía Borbónica.

Ibase á juzgar la conducta de Ney al volver Napoleón de la isla de Elba; y Moncey, al negarse á ser de los del tribunal que debía hacerlo, dirigió á Luís XVIII una carta que le honra más que las cien batallas en que habia tomado parte. Entre otras manifestaciones que dirigió al Rey, y no caben en los estrechos límites de

este informe, le decía: «Mi vida, mi fortuna, cuanto yo tengo por más caro, es de mi país, de mi Rey; pero mi honor es mío, ningún poder logrará quitármelo, y si no dejo á mis hijos por herencia más que mi nombre, ese, por lo menos, no quedará manchado».

«Sí, ¿iría yo á pronunciar mi voto sobre la suerte del mariscal Ney? Pero, Señor, permitidme preguntar á V. M.: ¿Dónde estaban sus acusadores cuando Ney recorría tantos campos de batalla? ¿Le siguieron y acusaron en los 25 años de peligros y trabajos? ¡Ah! si Rusia y los aliados no pueden perdonar al vencedor de la Moscowa, ¿puede Francia olvidar al héroe de la Beresina?»

Y concluía así: «No dudo que con otro monarca, este paso mío sería peligroso; tampoco dudo de que me puede atraer el odio de los cortesanos; pero si, al bajar á la tumba, puedo, con uno de vuestros ilustres abuelos, exclamar: *Tout est perdu hormis l'honneur*, entonces, moriré contento».

Moncey fué exonerado y dirigido á la ciudadela de Ham, donde no le quiso recibir el bravo oficial prusiano que la gobernaba, diciendo *que no había ido á Francia para ser carcelero de sus glorias*. Pero en 1823 se aprovechaban sus brillantes cualidades enviándole á Cataluña con la misión de restablecer la autoridad absoluta de Fernando VII, encerrado en Cádiz por el Gobierno constitucional. No era difícil su tarea, aun teniendo por enemigo á Mina, que hizo allí una campaña brillante, aunque estéril, teniendo al fin que capitular en Barcelona y emigrar á Inglaterra.

Me he extendido más de lo que debiera en este informe sobre el libro de Moncey por la parte que el célebre Mariscal de ese nombre tomó en las luchas de España. Por lo demás, ese libro ofrece mucho interés también por comprender cuantos despachos de importancia recibió y dictó en sus varias campañas, utilísimos, sobre todo, para aquellos de nuestros compatriotas que hayan de estudiarlos y juzgarlos.

CAMPAÑA DE NAPOLEÓN EN ESPAÑA.

De índole parecida es otra obra cuyo primer tomo acaba también de publicar el comandante M. de Balagny, individuo de la Sección Histórica en el Estado Mayor del ejército francés. Digo de índole parecida, porque el fondo general del escrito consiste en una masa tal de documentos que seguramente, lo mismo que al Sr. Balagny, puede servir á cualquiera otro para escribir la historia que él ha emprendido, la de la *Campaña del Emperador Napoleón en España*. Esto, por supuesto respecto á fuentes francesas; porque, aun cuando vino á Madrid y recogió en nuestro Depósito de la Guerra cuanto le consintió el corto tiempo de que pudo disponer, no le era posible encontrar tantos y tan importantes datos como le serían necesarios para, bien estudiados y compulsados con los que en París tenía á la mano, llegar al perfecto conocimiento de los sucesos que iba á narrar. La exposición de las medidas tomadas por Napoleón al recibir el 2 de Agosto en Burdeos la noticia de la derrota de Bailén, es verdaderamente un modelo de exposiciones, la cual, con el título de *Preparación de la Campaña*, pone al lector en pleno conocimiento de todos los movimientos dictados á la mitad de las tropas que del Grande Ejército tenía el Emperador escalonadas en Alemania. Así se prepararon á reforzar el ejército que el Rey José había retirado á la izquierda del Ebro, sobre 80.000 hombres, no ya de cuerpos provisionales formados de reclutas, como supone el Sr. Balagny los de aquel soberano, sino, como dice luego, de las mejores tropas del Imperio, haciendo elevar su organización, según el decreto de 7 de Septiembre de aquel año de 1808, á la de 202.700 hombres, cifra, dice el autor, ya respetable, pero que, aun así, fué largamente aumentada y que, aun sirviendo de base de la organización del ejército de España, no dejó de sufrir muchas modificaciones y adiciones importantes. ¡Tal importancia daba Napoleón á una campaña que dos meses antes consideraba como de días!

Explica M. de Balagny esa importancia por la impresión que el desastre de Bailén causó en el ánimo del Emperador. «Fué,

dice, para él *un coup de foudre:* inmediatamente midió toda la extensión de la catástrofe; sus planes deshechos, su prestigio conmovido por la mancha impresa por primera vez en sus águilas siempre victoriosas y la fama de invencibles de sus tropas perdida, le hicieron entregarse un instante á los transportes de la más violenta desesperación».

Poco después, sin duda, es cuando Napoleón escribió á su hermano José la carta, uno de cuyos párrafos sirve de epígrafe al comandante Balagny en la portada de su libro, muy acertado en el Emperador, pero que puede muy bien servir de acusación á su conducta sucesiva en la inacabable guerra de España. «La guerra, escribía Napoleón, podría terminarse con un solo golpe, con una maniobra hábilmente combinada, y para eso se hace necesario que yo vaya allá...»

Y vino, con efecto, Napoleón, pero para no volver en los siete años que aún duró aquella lucha en que fracasaron sus mejores mariscales, sus discípulos predilectos. ¿Es que, venciendo y todo en cuantas maniobras ejecutó para reponer á su hermano en el trono, comprendió todos los obstáculos que iban á oponérsele para un triunfo como los que había alcanzado en otras partes hasta entonces, triunfo en que una sola batalla bastaba para completar la conquista de la potencia militar más robusta? Porque lo cierto es que ni la invasión de Andalucía ni la de Portugal en 1810, antes de que la campaña de Rusia y las de Alemania y Francia le retuvieran lejos de nosotros, fueron aliciente para que, trasladándose á España, impidiera los errores de Soult y Massena. Ese epígrafe, de consiguiente, es así como una acusación y ruda de los procedimientos usados por Napoleón en nuestra guerra de la Independencia, y es también la confirmación de la idea por él emitida en Santa Elena de que *él había formado el ejército inglés en la Península.*

En este primer tomo de su obra, el Sr. Balagny, después de los capítulos sobre la preparación y la organización del ejército francés y de sus operaciones para su arribo á España, perfectamente descritas; después de exponer brevemente las de los españoles desde Agosto á principios de Noviembre hasta situarse en la línea del Ebro frente á la del enemigo, establecida, según ya he dicho,

en la izquierda de aquel río; después, por fin, de echar una ojeada sobre la composición del ejército británico tras la batalla de Vimeiro y la convención de Cintra, tan opuesta á la conducta observada por los representantes del gobierno inglés en Cádiz respecto á la capitulación de Bailén, entra en lo fundamental histórico de su trabajo, en la descripción de los combates de Durango, Burgos y Espinosa de los Monteros.

¿Cómo la hace? Pues de un modo muy parecido al ejecutado por el autor del libro de Moncey, consignando sus opiniones por medio de los documentos oficiales existentes en los archivos de Francia. De los documentos españoles, de los que Balagny dice haber obtenido en nuestro Depósito de la Guerra, ha hecho uso también, principalmente del diario de las operaciones del ejército de Galicia y los Apuntes históricos del general Blake, publicados hace muchos años en la Asamblea del Ejército, y de los que, como es natural, se ha servido el autor de este informe en el tomo III de su obra. Las operaciones de los mariscales Victor y Lefebvre disgustaron á Napoleón creyéndolas prematuras; y Balagny estampa toda la agria correspondencia que medió entre ellos, conocida ya en su parte más interesante por haberse publicado en otros trabajos, en los de Thiers principalmente.

De igual modo prosigue Balagny el suyo en la jornada de Burgos. Son innumerables los despachos de Napoleón y de los jefes de las divisiones que dirigía en su marcha, los cuales ocupan cientos de páginas de la obra, señalados con carácter de letra más pequeña que la del texto, que así se distingue por lo reducido á proporciones que desdicen de la descripción crítica que exige la historia de sucesos tan importantes como los de aquella campaña. Y como la de Burgos se describe la jornada de Espinosa. Para ella ha destinado el autor la parte que parece poseer de los documentos españoles procedentes del Depósito de la Guerra, algunos, de verdadera importancia, y los partes oficiales de los generales y jefes que mandaban nuestras tropas y las francesas. Es, repito, la en que me ocupo, como la de Moncey, obra de recopilación de documentos, colección y ordenamiento de cuantos datos pueden convenir para la historia razonada de los sucesos que se trata de narrar.

LAS GUERRAS DE ESPAÑA CON NAPOLEÓN.

Otra cosa es un libro más reciente aún, como que ha salido á la luz pública en Mayo de este mismo año, con el título de «Les Guerres d'Espagne sous Napoléon, par Guillon». Lo forma un solo volumen de 364 páginas en 8.º, sin lámina alguna de planos ó retratos de las que están perfectamente dotados los de Moncey y especialmente el de Balagny, que ostenta una gran colección de planos y mapas, ya copiados, ya formados por su autor en los reconocimientos de los campos de batalla que ha practicado en su reciente expedición á España. «Las guerras de España, así comienza á explicarlas M. Guillon, han sido las más largas, las más difíciles y las más dramáticas del primer Imperio. Leed las Memorias militares publicadas en nuestros días y con tanto éxito; por ejemplo, las de los generales Marbot, Thiébault, Lejeune, las del coronel Gonneville y muchos otros. Su narración, en cuanto se trata de España, toma un color que no presentan las guerras de Italia, de Alemania y de Polonia». Y después de apuntar la diferencia esencial de unas guerras á otras, cita varias obras seriamente históricas.

La de M. Guillon es eminentemente filosófica, considerando los hechos históricos como producidos por causas, no pocas, políticas, y muchas militares en su sentido más técnico y según principios consignados en los estudios de arte é historia de la guerra. ¿Cómo explica la conducta de Murat en Madrid? «A pesar de la reserva en que se encerraba Napoleón, dice Guillon, Murat era bastante clarividente para comprender que iba á ayudar al destronamiento de los Borbones de España. Ahora bien; ¿por qué no había de ser en provecho suyo? ¿No había escrito el 30 de Enero el Emperador á Jerónimo haciéndole esperar el Gran Ducado de Berg? ¿Puede venir tiempo en que Murat sea colocado en otra parte (ailleurs)? Hé aquí por qué Murat obró, en aquellos asuntos de España, con mucha prudencia y habilidad, á pesar de cuanto haya dicho Napoleón después».

No es extraño que Guillon se produzca así, influído, como pa-

rece, por el espíritu que domina en la historia de la Lugartenencia de Murat, escrita por el Conde del mismo apellido del célebre mariscal Gran Duque de Berg. Y si filósofo aparece en esa parte de las causas de la guerra de la Independencia, así como en las producidas por la influencia de nuestro suelo y del carácter de nuestros compatriotas, M. Guillon sigue mostrándose filósofo en cuanto al aspecto de aquella guerra en la forma y las proporciones que tomó. «Guerra, dice, *fragmentaria*, permítaseme esa libertad de traducción, de dispersiones y fraccionamientos por el territorio, nos redujo á operaciones de cuerpos de ejército, menos que eso y con frecuencia, á maniobras de destacamentos. En esa guerra que duró cinco años (no, fueron siete), cada año no se señaló por una campaña tan solo. Puede decirse que en el curso de un año hubo tantas campañas como regiones».

¿No sería esa la causa del retraimiento de Napoleón de la guerra en nuestro país?

«Por otra parte, dice nuestro autor, según lo ha escrito Napoleón, el arte de la guerra es el arte de dispersarse para vivir, y de reunirse para pelear. Para dispersarse y vivir son necesarios caminos, poblaciones ricas, campos abundantes de provisiones. De todo eso se encontraba en las llanuras de Alemania. En España, nada de caminos; frecuentemente uno solo, por el que era preciso á la vez marchar y vivir. A derecha é izquierda, nada, nada más que campos pobres ó desiertos. En fin, las montañas que obligaban á dispersarse eran un obstáculo para la concentración».

Así se comprende por qué el Emperador se disgustó tan pronto de España. No encontraba en ella su ordinario tablero».

Guillon muestra en general una imparcialidad no acostumbrada en los escritores extranjeros. Lo de Bailén es una prueba muy elocuente de esa imparcialidad, narrando la batalla sin los comentarios en uso entre los franceses y dejando el juicio de la capitulación para lo futuro, puesto que «de todos modos, según él, es un proceso que no ha sido juzgado».

¿Sabrá que lo anda estudiando y lo juzgará con toda clase de datos, procurados en Francia y España, el distinguido teniente coronel M. de Titeux, que posee el proceso formado á Dupont y se creía perdido? Parece que servirá de vindicación á la memoria,

hoy tan deprimida, de aquel desgraciado general, y se publicará en una obra de tres tomos: dedicado el primero á las campañas anteriores; el segundo, á la de Andalucía y Bailén en 1808; y el tercero, al proceso de Dupont y su Ministerio en 1814. Entonces podremos aquí juzgar la obra de M. Titeux, así como la conducta de Dupont; y se podrá decir la última palabra en cuestión, por lo general tan apasionadamente debatida.

En corroboración de su dicho de que hubo tantas campañas como regiones en aquella guerra, M. Guillon, en vez de seguir para su narración el orden cronológico que generalmente se observa en la historia, divide la por él escrita en períodos, no de tiempo, sino en operaciones entre sí ligadas por el mando de los generales que las dirigían ó por el mayor ó menor espacio geográfico en que tenían lugar. Los epígrafes de cada capítulo lo demuestran palpablemente. *Talavera,* por ejemplo (cap. IV), que comprende las operaciones realizadas en el valle del Tajo; *Los franceses en Andalucía; Torres Vedras; Suchet y el Ejército de Aragón,* con carácter semejante, imprimen á la obra de Guillon ese carácter, si al parecer táctico, nada lógico, si bien bastante conforme con el estudio de una guerra en que hubo provincia que negó á un ejército su auxilio porque peleaba en aquel momento fuera de ella.

Apremia el tiempo para acabar este enojoso informe; y con decir que es muy de tomar en cuenta el espíritu de la obra, brevísima y todo, de M. Guillon, paso al estudio de otra publicada muy pocos días antes, importantísima, sin embargo, y digna de la mayor atención. Me refiero á *Una historia de la guerra peninsular,* que es como la titula su autor Carlos Oman, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Oxford.

Conocíala desde el momento en que llegó á esta Academia el Sr. Menéndez Pelayo; y, al anunciarse la presentación de la obra, fué ésta objeto de un discurso de nuestro digno y sabio compañero que, de haberse trasladado taquigráficamente al papel, ahorraría ahora á la Academia la fatiga de haber de escuchar este incoherente y desaliñado informe. Tan oportunas, acertadas, instructivas y elocuentes fueron la opinión y las observaciones expuestas por nuestro colega sobre el trabajo del Sr. Oman.

De éste, solo se ha publicado un primer volumen que contiene

la historia de la guerra de la Independencia en su período de 1807 á 1809, y en él la narración desde el tratado de Fontainebleau á la batalla de Coruña, con mapas, además, planos y retratos.

He dicho, y lo había demostrado el Sr. Menéndez Pelayo, que la obra del Sr. Oman era digna de la mayor atención; y, con efecto, tanto la forma suya como el fondo merecen un examen muy detenido, comparativo especialmente con el de los varios trabajos históricos que muchos de sus compatriotas han dedicado á la gloria de las armas británicas en aquella memorable guerra. De ese estudio resulta la convicción de la parcialidad que ha venido respetándose por muchos con perjuicio de la gloria que merece la acción política y militar de los españoles en la defensa de la independencia de su patria. Hasta ahora, y fuera de la protesta documentada del Sr. Canga Argüelles, no se había consignado, con autoridad de respeto por supuesto, sino alguna no bien recibida generalmente por la opinión española al observar cómo los extranjeros aprobaban más ó menos explícitamente las falsedades y los conceptos harto injuriosos que se nos prodigaban. Pero el Sr. Oman, inspirándose en la justicia y lealtad tan recomendada para el ejercicio de la historia, en la verdad, sobre todo, de los hechos que la constituyen, ha sabido castigar con esa verdad y con sus imparciales juicios los arbitrarios de otros hasta en sus mismos compatriotas. Sus opiniones sobre la obra de Napier son severísimas y sobrepujan en vigor á las del Sr. Canga Argüelles y á las que hace dos semanas escuchó la Academia de labios del elocuentísimo colega nuestro acabado de citar al darnos cuenta de la impresión favorable que le había producido la lectura de la obra del Sr. Oman.

Pues bien; como en el juicio de los historiadores se muestra nuestro autor en el de las operaciones de la guerra y en la conducta de los generales que las dirigían, si equivocada á veces, pese á nuestro amor propio, patriótica siempre. No es la suya una obra que deje á la apreciación de sus lectores vacíos como las de Moncey y Balagny que deban llenarse interpretando mejor ó peor los documentos oficiales, no siempre los más apreciables por su exactitud histórica; el Sr. Oman los discute con ánimo sereno, sin prejuicios, y los juzga después de un detenido examen. Así

puede observarse en varios de los capítulos de su obra, principalmente en los que se refieren á las operaciones del ejército británico, en que, armado de tanto y tanto documento como existe en los archivos de Inglaterra, puede extender sus noticias á muchos detalles que á veces sirven para explicar un suceso ó hacer variar su concepto. Tiene, además, para completar ese arsenal de datos, los que le proporciona la colección sumamente copiosa de su compatriota Vaughan que en su estancia en España durante la guerra recogió infinitos, no habiendo publicado más que los correspondientes al primer sitio de Zaragoza, en cuya defensa tomó parte al lado del general Palafox, su amigo. Vaughan fué un diplomático que, como el coronel Schépeler, de la Legión Alemana y después embajador de Prusia en Madrid, se halló los años de la guerra en todas partes; en Zaragoza, como acabo de decir, en La Coruña y la residencia de la Junta Central, con Cuesta y Castaños, en Cádiz á las órdenes del embajador de Inglaterra, hermano de Wellington; de modo que nada ó muy poco pudo escapársele de lo que más pudiera ilustrar la historia de aquel tiempo. «Yo creo, dice el Sr. Oman, que será raro el hombre que tenga más afición á coleccionar y ordenar documentos. Sus papeles contienen, no solo sus propios diarios y sus correspondencias, sino un número infinito de notas escritas para él por españoles amigos suyos sobre puntos que deseaba dominar, y una gran masa de folletos, proclamas, hojas nuevas y cuadros estadísticos, cuidadosamente coleccionados y unidos, los cuales, en cuanto he podido ver, no se han descubierto desde su muerte hasta que pasaron por legado de sus supervivientes allegados á su antiguo colegio» (el de Oxford).

La campaña, así, de La Coruña, con más extensión que las demás anteriores, la describe muy detenida y concienzudamente, según ya nos expuso el Sr. Menéndez Pelayo; poniendo en su lugar unas operaciones que, unos por su admiración á John Moore, que mandaba el ejército inglés y murió en aquella jornada, y otros por los horrores de la retirada ó por su afición á Soult, que regía á los franceses, no habían acertado á narrarlas con imparcialidad verdaderamente histórica.

Aunque tan brevemente comentada y sin entrar en la explica-

ción de detalles que haría interminable este informe, así como cualquiera observación que pudiera dirigirse al Sr. Oman sobre puntos particulares de su obra, puede aquí volverse á decir que ésta es de gran interés histórico, de un mérito excepcional al compararla con tantas otras que se han publicado, especialmente las de los compatriotas del autor, que es el primero en poner de manifiesto los errores, las deficiencias y los apasionamientos que contienen y revelan.

Esa obra, póstuma del Sr. Oman, es la única que ha sido dirigida á la Academia; que las demás me pertenecen por compra ó por regalo de sus autores; por lo que creo que la Academia debería dirigir á la Universidad de Oxford, editora de tan bello como nutrido estudio, una comunicación dándole las gracias por su obsequio y manifestándole cómo ha apreciado el mérito del trabajo del Sr. Omán por las dotes que lo avaloran, y esperando se servirá enviarnos los tomos sucesivos.

Y aquí termino la pesada labor de un informe, provocado por la inspección del interesente catálogo del Sr. Kircheisen, y que me ha sido encomendado por nuestro prócer Director en vista de los muchos escritos que diariamente, puede decirse, salen á la luz pública sobre las guerras napoleónicas, y con particularidad sobre la de la Independencia; particularidad muy digna de atención, pues que significa la importancia que tuvo aquella lucha para los destinos de la Europa continental y aun para los generales del mundo.

Madrid, 20 Junio 1902.

JOSÉ G. DE ARTECHE.

VI.

LUISA ISABEL DE ORLEANS Y LUÍS I.

No cumpliría la historia su alta y educadora misión si solo relatara grandes sucesos, heroicos actos y memorables virtudes cívicas: tiene que referir también, como espejo fiel que es de la so-